

## Benjamín Vicuña Mackenna

### Don Andrés Bello

Discurso pronunciado en nombre de la Universidad de Chile en la tumba de Bello, el 29 de Noviembre de 1881

Señores:

Los que en este sagrado sitio hoy nos agrupamos, en nombre de una augusta admiración, para conmemorar un siglo entero de enseñanza y recuerdos inmortales encarnados en la memoria de un grande hombre, no vimos el astro de luz que cruzara el horizonte sino cuando descendía lentamente hacia el ocaso...

Esa es ley de los sobrevivientes oscuros delante de los espíritus sublimes: esa es tradición antigua de los conductores de pueblos, de los maestros, de los mártires y de los transformadores que, a manera de antorchas vivas, van caminando delante de las generaciones, enseñándolas, redimiéndolas, guiándolas hacia la alta cúspide, que es la civilización.

Para los que aquí acostumbramos venir a decir los adioses del último respeto a los que fueron y a despedirnos ¡ay! los unos de los otros, los que somos, llegado nuestro turno en el eterno viaje, don Andrés Bello parecíanos en verdad siempre anciano, cuando, mirándole en la cátedra, hacíamos la cuenta de sus años y el cómputo venerable de sus canas.

Pero, cuando colocábamonos bastante cerca de su alma para sentir sus latidos; cuando nos cobijaban, como la diáfana atmósfera de una aureola, los reflejos de su ancha, espléndida

sien, nido luminoso de altos pensamientos; cuando su numen era interrogado y se manifestaba por las formas sobrias o brillantes del consejo; cuando su palabra, grave como el metal, penetrante y lapidaria como la incisión en el mármol, era solicitada y respondía sonora, cual si fuera el eco de su potente espíritu, el anciano desaparecía como dentro de una misteriosa transfiguración.

Y entonces, señores, sólo quedaba en presencia de la juventud, el amigo de la juventud, el maestro inimitable de tres generaciones que hoy le devuelven, en coronas de veneración madura los verdes retoños de estímulo y esperanza que él iba sembrando a una y otra orilla del temprano aprendizaje y del áspero sendero.

En ese sentido, esta fiesta de adioses a un siglo, es, señores, una fiesta de juventud:—es la resurrección de un siglo que se extingue en otro siglo que renace.

Sí, señores.

Parécenos todavía estarle viendo en las tardes de los días festivos, que para el vulgo son horas de bullicio o de reposo, en su último otoño, cuando rugía la guerra en torno suyo y de la Patria, cuando la muerte comenzaba a mecer sus alas sombrías por entre los barrotes de la ventana que inundaba de tibia luz sus libros, su mesa, su rostro, su gloria...

Y en tal actitud, que recordaba a lo vivo, en la calle de la Catedral de Santiago, a Alejandro de Humboldt en su espartano gabinete de Berlín, cuando, sentado en dura silla de trabajo, serio y sonriente, grave en su ademán y en su voz, pero eternamente afable en presencia de los juveniles obreros del entendimiento humano, respondía con inmutable benevolencia a todas sus interrogaciones, iluminaba sus dudas, encaminaba sus propósitos, alentaba sus desfallecimientos.

Señores: para la generalidad de los hombres, don Andrés Bello pudo ser en su larga carrera un levantado prócer del saber, un espíritu superior, un profesor eximio, un sabio universal; y todo eso en verdad lo fué en grado eminentísimo.

Mas, para aquéllos que le conocimos de cerca, en lo que podría llamarse la intimidad del respeto, para aquéllos que escuchamos sus luminosas pláticas de la cátedra y del hogar, para aquéllos que en la ruda enseñanza del espíritu recibimos de su indulgente juicio el primer estímulo, para esos don Andrés Bello fué algo más que un crítico, un profesor y un poeta

esclarecido, porque fué el dulce, el venerando y ya extinguido tipo del «maestro» de la edad antigua.

Don Andrés Bello enseñaba a sus discípulos, no en el aula común y mercenaria, sino dentro de su hogar, junto a su lecho, cerca de su alma y con su alma, como enseñaran Platón y Sócrates a los suyos en Atenas, Séneca en Roma, Euclides en Alejandría; como los enseñara Galileo en Pisa y Miguel Angel en su taller del Arno; como los enseñara el Abate Molina en Bolonia, como los enseñara, en fin, su propio maestro, don Simón Rodríguez, en Concepción y en Valparaíso, en Chillán y en Caracas.

De aquí, señores, las fuertes, perdurables, santas emociones que han dado vida y primores a este primer centenario de la gratitud en Chile; de aquí estas fiestas de tres días al entendimiento, a la luz y a la ciencia, verdaderos juegos florales del espíritu, en que se ha asociado la República entera por medio de sus delegados que nós escuchan; de aquí esta última peregrinación al sepulcro que guarda las cenizas del «maestro» antiguo.

En otro sentido, señores, don Andrés Bello fué entre nosotros un sublime y fecundo creador.

Apareció en nuestro suelo cuando la playa estaba sembrada de tinieblas y de naufragios, y, como esos pilotos que la tradición gentilicia de algunas comarcas de América ha hecho nacer entre las ondas de recóndito lago, para conducir y redimir sus razas, así comenzó él en el diario, en el libro, en el laboratorio, en el firmamento, en la cartilla, en el texto y en el derecho, a formar el laborioso compaginamiento que hoy constituye el cimiento oculto y el altivo chapitel del progreso intelectual de nuestra Patria.

A la verdad, señores, si don Andrés Bello no fué, a virtud de esto y de la índole de su naturaleza modesta y reservada, de sus talentos de asimilación generalizadores y múltiples, un genio asombroso como Descartes, como Newton, como Pascal, como Machiavello, como Pico de la Mirándola, fué de seguro un espíritu universal y regenerador como Bacon, como Voltaire, como D'Alembert y los grandes enciclopedistas del siglo de su cuna y de su escuela.

Porque es preciso no olvidarlo aquí para hacer cabal justicia al obrero secular.

Don Andrés Bello, como literato y como filósofo, como

legislador y como sabio, fué enciclopedista; como fué en el saber cosmopolita.

Y por lo mismo en política y en derecho fué ecléctico, cual lo son por lo común los hombres que a ejemplo de Humboldt y Cuvier, atraviesan el piélago de la vida en frágil barquilla, sin más velamen que su entendimiento, sin más lastre que su pobreza, su libro y su ara...

En cuanto a su numen, tierno y divino, se ha llamado, señores, al incomparable cantor de la Zona Tórrida, «el poeta virgiliano», porque manejaba la silva y el latín con la maestría de Fray Luis de León. Pero al mismo tiempo que rendía culto a Horacio, a Virgilio y a Terencio, el clásico autor de la *Gramática* y de la *Métrica* castellanas traducía a Dumas e imitaba hasta acercarse al ideal a Víctor Hugo en su *Oración Por Todos*.

Por esto, señores, le hemos llamado entendimiento alto, vario y creador, sin que en manera alguna nos fuera lícito llamarle por ello Genio.

Cuando él de súbito apareciera, llegado de lejanos climas y traído por la mar y por la fama, los elementos de luz flotaban en efecto en nuestro cielo, dispersos como hojas de tenebroso otoño, en el caos de creencias, de escuelas, de aspiraciones, de textos y de profesores que traían atados todavía a su evidente ingenio y a su brillante numen, el grillete, el *ergo* y la herrumbe de la Colonia y del Latín.

Y él, el sabio eminentísimo y universal—poeta y filósofo; astrónomo y jurisconsulto, geólogo y diarista; teólogo y matemático; prosista clásico como Cervantes y como Quintana; dramaturgo como Racine y como Larra; crítico y filólogo como Durán, su émulo en la milagrosa reconstrucción del Cid; trágico como Moreto y como Moratín; poeta pastoril como Meléndez y Arriaza; profundo jurisconsulto como Cuyacio; profesor de filosofía ecléctica como Cousin; generalizador literario como Villemaine; compaginador de la historia (si bien no fué historiador) por el método de Herodoto y de Tucídides, de Tácito y de Sismondi, escuela viril y responsable que él aplaudió con estro levantado, aconsejando a la juventud la enteréza hasta el sacrificio en el manejo del buril de la verdad y de su prueba; fué recogiendo así, uno en pos de otro, con su potente mano, los mil reflejos y moléculas del opaco prisma que iluminaba con incierta claridad la cuna, el pesebre y el solio de la República en la crisálida—dijo a la ciencia, a la postre de su

casi secular labor, en esta apartada grieta del mundo: ¡Vuélvete luz!

Y la luz, señores, estalló inextinguible en el espacio.

Fué alimentada en seguida por el pávulo de cien ingenios por él adiestrados, y así brilla todavía en la altísima lumbrera colocada por su esfuerzo, su propaganda y su enseñanza en excelsa cumbre.

Y esa luz, señores, irradia todavía por entre los intersticios de esta humilde tumba y en las bruñidas fases de la mármorea, perdurable estatua que ayer quedó erigida en el centro mismo del amplio claustro jesuítico, arena antes obscura, en que el errante nauta colombiano encendiera hace medio siglo, al aparecer el primer destello del matinal crepúsculo, entre la *Aurora* de Camilo Henríquez y el *Crepúsculo* de Lastarria, de Bilbao y de Francisco Matta la primera chispa de la transformación intelectual de la República.

Don Andrés Bello nació, señores, en lejana comarca de la América, y todavía de más remota y nebulosa región del Viejo Mundo vino a Chile peregrino; pero su personalidad no fué entonces, para el pueblo que nacía, sólo adquisición de fortuna, porque fué también una suprema devolución del destino.

Sí, señores; treinta años justos hacía cuando él llegara a nuestras playas, desde aquel en que las abandonara un chileno ilustre, tan grande y desdichado como poco conocido, naufrago, como él, de la fortuna y de la guerra, en los arrecifes del Cabo San Agustín, promontorio de la América Española en que el océano Atlántico tuerce hacia la Europa. Y ese hombre preparó, con más osadía y arrogancia que Carrera, su sobrino; con una constancia que sólo puede compararse a la de O'Higgins; con un ardimiento que fué igual, si no superior al de Bolívar, la emancipación de aquella parte de la basta mazmorra intelectual que los Reyes y las leyes de España forjaron en todas las lindes del Nuevo Mundo que les rindieran tributo de oro y servidumbre, desde Venezuela a Chile.

Y fué así como el *canónigo de Chile*, el implacable tribuno que derrocó a Emparán en 1810, consumó al pie del altar de Caracas la obra grandiosa que su amigo y su discípulo viniera a coronar, junto con su gloria, en Chile.

En tal sentido, señores, tiene este centenario una doble y peculiar significación, porque en él hacen confluencia las dos grandes corrientes redentoras de nuestros pueblos, que tuvieron armónico punto de partida en don JOSÉ CORTÉS MADA-

RIAGA, hijo de Santiago de Chile, tribuno y prócer en Caracas, y en don ANDRÉS BELLO, hijo de Caracas, y maestro, legislador y prócer en Chile.

Señores:

Apartadas por el tiempo y el espacio, por los recuerdos y las ingratitudes, hállanse hoy las tumbas de esos dos grandes hombres: la del uno en las márgenes del selvático Río-Hacha, en que muriera proscrito e indomable, y aquí, a la sombra cariñosa de los árboles que la onda unida del Mapocho y la del Maipo fertilizan, la del otro.

¿Y no sería por esto, señores, digno coronamiento de la obra de justicia, de gratitud y de glorificación que a mi humilde palabra cabe hoy poner remate al borde de esta fosa, formular un voto del patriotismo para que los dos grandes proscritos y los dos grandes redentores intelectuales de las dos extremidades del Continente, vengan aquí a dormir el uno junto al otro, su último, eterno y bendecido sueño?

Así, al menos, señores, una grande, innata, irresistible aspiración del alma del país quedaría cumplida, porque en el centenario del más esclarecido sabio de la América española, por todos títulos ilustre, habríamos incorporado EL PRIMER CENTENARIO DE UN INCLITO CHILENO!